

cuela de Megara. — Discípulos de Sócrates, que, lejos de hacer progresar en el sentido teórico la enseñanza de su maestro, como hizo Platón; la impulsaron en sentido teórico retrospectivo, resucitando el concepto eleático del ser inmóvil. De aquí resultó, como había resultado antes, la *dialéctica sofística*, que debía conducir de nuevo a la desorganización de la ciencia y a un absoluto escepticismo.

No daban entonces los filósofos, ni debían dar en mucho tiempo, con el secreto de la relación necesaria entre la teoría (reflexión) y la práctica (sentimiento), categorías indispensables de la función de pensar, ó sea del pensamiento viviente; tipo de modos vivientes y antitipo de lo no vivo.

Megasthenes, filósofo de la escuela sincrética de Alejandría, que con otros muchos se propuso combatir la originalidad de la filosofía griega, haciéndola figurar como copia servil de la India, del Egipto, ó de la Judea.

Unos querían que toda la ciencia brotara hecha y aun perfeccionada, no por los sabios griegos y sus sucesores, sino por Moisés; otros querían atribuir la iniciativa a Zoroastro ó a Hermes Trimegisto.

La verdad es, que ningún ser humano deja de llevar en su pensamiento el germen filosófico. En cuanto a la germinación histórica de la conciencia y a su desarrollo sucesivo, en cuanto podemos alcanzar, en medio de la obscuridad de los tiempos antiguos, han seguido las épocas hoy reconocidas la ley de toda germinación: crecimiento, decadencia y regeneración de los seres vivos.

A una primera época de predominio del sentimiento más místico que ilustrado, más sintético que analítico,

propio de la niñez, siguió en Grecia otra más reflexiva, aunque un tanto soberbia y despreciadora de los misterios; pero fecunda al fin en grandes enseñanzas, cuando llegó con Sócrates a relativa madurez.

Mejor, del griego *mála*, mucho. — Como lo máximo y lo universal, lo mejor es inseparable de lo bueno y en cierto modo su enemigo.

Lo mejor no deja sosegar a lo bueno: fantasma de lo desconocido, con ser nada en sí, contribuye a la vida, y la mata a cada instante con el propósito de resucitarla más espléndido.

Pero la resurrección no se hace sin *medio viviente*, y es preciso que lo calificado de mejor no proceda a ciegas, matando hasta el medio de vivir.

Melaneton, filósofo pneumático, que consideraba el alma como un fluido, un soplo, y según dirían otros, como un éter, alojándola en el corazón con preferencia al cerebro, considerado tradicionalmente como centro de la inteligencia.

Esto era divorciar la razón del sentimiento, sin concederles un átomo del consorcio tan necesario para el ejercicio de la vida intelectual.

El alma ó sea la actividad autónoma del hombre, funciona a la verdad en todas las partes y principalmente en los centros del organismo humano; pero el tipo de la actividad autónoma común, pertenece al pensamiento, relacionado especialmente con el órgano cerebral, con la médula y con los nervios sensitivos y motores.

Meleto, poeta acusador de Sócrates, con Anito, demagogo, y Lycon, orador. — El torbellino de pasiones exageradas inclinó en esta acusación, como en muchas otras, la balanza de la justicia con tal violencia hacia el

lado por ellas favorecido, que no pudo restablecerse el equilibrio.

Meliso, filósofo de la escuela de Elea, que escribió en prosa, en el mismo ó análogo sentido que Parménidas había escrito en verso. He aquí cómo principia su libro:

«Si nada fuera, no se hablaría de cosa alguna como de un *ser*; pero si algo es, ó es engendrado ó es siempre. Por de pronto, si es engendrado, ha de serlo forzosamente por el ser ó por el no ser. Por el no ser es imposible, porque nada puede hacerse por lo que es nada, y por el ser es también imposible, porque entonces el ser sería y sobraría el ser engendrado. No es, pues, el ser engendrado, sino que siempre es. Por iguales razones no se alterará el ser, puesto que no podría trocarse en no ser (los mismos filósofos naturalistas lo confiesan), ni tampoco trocarse en ser, que equivaldría a permanecer siendo ser. Así, pues, el ser ni ha sido engendrado ni perecerá jamás: ha sido y será siempre.»

Los eleáticos discurren como si hubiéramos de optar en la vida por la tesis absoluta del ser, ó por la absoluta del no ser. Pero, lejos de eso, lo absoluto sólo figura en la vida como correlativo con lo relativo; y de correlación en correlación se pasa, viviendo, del ser al no ser y viceversa, y así es posible vivir entre los polos que vedan el paso al pensamiento en sus vuelos hacia lo indefinido (el no ser) y en sus caídas hacia lo definido (el ser).

Melodía, del griego *milos*, música, y *òdè*, canto. — Armonía sucesiva, que encanta con satisfacciones del sentimiento, diluídas en el tiempo; así como la armonía las concentra en un instante.

¡Dichoso aquel cuya vida es una

constante *melodía*, realizada en serie de *armonías*!

Melódico, de melodía. — Es melódico lo más sencillo de la música: el canto del ave y del hombre que canta sin reglas aprendidas; lo más natural, y lo menos *artístico* en el sentido de artificioso y rebuscado entre complicaciones y dificultades.

Los músicos sabios no lo aprecian bastante; el vulgo conserva con veneración religiosa, sus tradiciones melódicas, sus cantos populares.

La armonía realiza simultáneamente lo que la melodía en orden sucesivo.

En la función estética es la sucesión melódica a la simultaneidad armónica, lo que en la función humana el sentimiento puro al sentimiento reflexivo.

Membrana, del latín, *membrum*, miembro. — Elemento estructural de un ser viviente.

El ser viviente necesita membranas, que no necesita el inorgánico, para contener líquidos y gases. El ser inorgánico no contiene en su estructura propia, sólidos, líquidos y gases, como *necesita* contener el organizado, para ser *algo* de todo aquello que *necesita ser* en la cuatrilogía fundamental del *ejercicio viviente*.

Las membranas son el intermedio más preciso, el *mínimum medio* entre sólidos, líquidos y gases.

Memoria, del sanscrito *manas*, recuerdo. — Conservación de lo sucedido en un espacio imaginario, como se conservan reliquias y hechos consumados en el espacio real.

Las leyes del espacio se aplican a todos los objetos particulares de la experiencia; pero los objetos y sus leyes se reflejan nuevamente en el seno de lo indefinido; y allí viven una

vida espiritual, muy distinta de la vida real.

La realidad no conserva de los sucesos más que algo de lo realizado exteriormente; la memoria conserva algo más de lo que se lleva el tiempo, y mayor ó menor parte de lo realizado interiormente.

Es la memoria como una condensación del tiempo transcurrido, especie de imaginación retrospectiva, que coincide con la imaginación de lo futuro y con la actualidad presente.

Como ni la memoria ni la *antevisión* tienen límites fijos mientras vive la inteligencia, se pregunta ésta qué podrá ser lo que haya *más allá*: lo sucedido remotamente y lo que muy tarde ha de suceder.

¿Cómo contestar á tan indiscreta pregunta? Por un lado no se puede llegar á la totalidad imaginable, y por otro no se puede menos de consignar vagamente una totalidad de la que nosotros somos parte.

Hay que vivir resignados dentro de este conflicto sempiterno, sin perjuicio de relacionarnos, mediante la fe, con la totalidad que reflexionando parece imposible, ó con la nada que declaramos imposible también.

Pero la nada repugna al pensamiento y la totalidad le atrae. ¿No será lo mejor entregarse á la corriente progresiva, optando por la fe que da vida, contra la fe que da muerte?

Mendigo, del sanscrito *mardam*, poco, y del latín *menda*, falta. El que pide por necesidad, y no da porque no tiene.

Hay en la sociedad mendigos de dinero y mendigos de ideas, á los cuales se socorre, sin que los de ideas lo agradezcan por punto general.

Verdad es, que tampoco agradecen

mucho los otros pobres el dinero que se les da.

Menedeno, filósofo, sucesor de Sócrates, que fundó la escuela de Eretria.—Negó esta escuela la realidad de los atributos, y, por ejemplo, la de la utilidad atribuida al bien; puesto que utilidad es cosa distinta de bien, y, por lo tanto, no idéntica.

«No hay—decía Menedeno—más que una virtud con distintos nombres: templanza y justicia son una misma cosa, como lo son hombre y animal racional.»

Equivale esto á hacer incompatibles la identificación y la distinción, y, por lo tanto, desconocer la teoría de la relación; por más que la implique la práctica filosófica, no suficientemente analizada hasta época muy moderna.

Menester, del latín *men*, por *manus*, mano, y *stare*, estar.—Lo que está en la *mano ideal*, como necesario para una realidad correlativa.

Cada cual tiene en su *pensamiento* (mano ideal) lo que necesita para su bien particular, y lo que juzga necesario para el bien universal.

No es extraño que haya muchos *menesterosos*, tanto de su bien particular como del bien ó la armonía general.

Si en lo ideal todo está á la mano ideal, la mano real es menesterosa de lo que la ideal tiene á mano y muy á menudo no lo puede realizar.

Menjurje, del árabe *mezadja*, mezclar.—Las mezclas son indispensables, toda vez que los extremos han de mezclarse con un término medio, y el término medio con los extremos; pero hay malas mezclas que se llaman *menjurjes*.

Huyamos de los menjurjes filosóficos.

Mente, del sanscrito *manas*, espíritu.—Por otro nombre pensamiento.

La mente no comprende expresamente la pasión ni la fantasía; representa más bien esta palabra el juicio, la memoria y la previsión, ordenadas en conformidad con el juicio. Es algo más amplia que entendimiento, y más restrictiva que inteligencia.

De todas suertes, como los diversos órganos de la función común de la vida intelectual se hallan tan estrechamente unidos, cualquier símbolo de la colectividad los evoca simultáneamente.

Mentira, palabra que suena á mente ida.—Afirmación reflexionada de lo contrario á lo que se sabe, respecto de algo en particular.

La verdad es un bien común; ocultarla, y todavía más, adulterarla, es un mal que se causa á los demás.

Nunca es lícito mentir; tampoco es bueno, en general, ocultar la verdad. Y, sin embargo, ¡oh imperfección de la condición humana! ¿quién se ha visto libre de la necesidad de ocultar, al menos, la verdad alguna vez?

Mercancía, del latín *merx*.—Lo que se puede comprar ó vender.

Todo se puede comprar y vender, menos el bien en el pensamiento, la satisfacción del apetito ideal, y la salud en el cuerpo.

Merced, del latín *merx*, mercancía, y *cedere*, ceder.—Lo que se otorga por gracia, y no precisamente por obligación moral ni material.

Mercenario, de merced.—El que recibe por merced, con ó sin contrato, lo que en el simple uso de su derecho no podría exigir.

Merecer, del latín *mereri*.—El que obra el bien merece el bien; ¿le consigue siempre? No, sin duda algu-

na, y en esto se halla precisamente el mérito de obrar bien.

El bien debe producirse; el bien hecho debe á su vez reproducirse, y en esto se funda el derecho á la recompensa.

Mas como semejante derecho no se halla bastante garantizado en parte alguna, resulta que quien le tiene ha de contentarse á menudo con tenerle, y ese es su mayor mérito.

Una vez obtenida recompensa *bastante*, el mérito se desvanece, al menos como derecho á recompensa ulterior.

Mes, del sanscrito *mā*, medir.—Medida del tiempo, más artificial que la de días y la de años.

Intermedio análogo á los episodios sucesivos que rellenan la historia de un ser viviente.

Mesías, del hebreo *mesia*, unguir.—El salvador, el mediador entre el cielo y la tierra; el hombre santificado por la fe que representa la humanidad, idealizada y salvada de las impurezas del pecado y de todo mal inherente á la realidad particular y finita.

El filósofo tiene su Mesías (lo indefinido, lo que ignora humanamente) que le pone en contacto con la religión, sin arrancarle todavía de la ciencia, que no puede abdicar mientras viva como hombre.

Mesura por *mesura*.—Mensura ideal, que consiste en medir los pensamientos y armonizarlos con arreglo á un tipo preconcebido.

Meta, del sanscrito *mithun*, conjunto, y *mitis*, término ó límite.—Preposición griega que equivale á *trans*, *inter*, *post*, *cum*, relacionada en estos diversos sentidos con el *mitis*, término ó límite.

Sirve, pues, para significar lo que

va más allá del límite, ó lo que se interpone entre lo ya limitado y lo ilimitable, provocando una fluxión continua de limitación y de ilimitación. En este sentido es en el que merece el nombre de *metafísica* la filosofía trascendental de Kant.

Metafísica, del griego *meta*, más allá, *physikà*, cosas naturales.— Ciencia fundada por Aristóteles como *distinta y más allá* de la física.

Es, efectivamente, una física ideal, cuyos fenómenos (relativamente físicos), son ideales respecto de los físicos genuinos. Los límites comunes de ambos órdenes son lo indefinido, é indefinible además.

Las leyes de los fenómenos físicos representan lo indefinido enfrente de los fenómenos; pero la ley de los fenómenos ideales representa además lo indefinible enfrente de toda ley.

Lo indefinible teóricamente enfrente de toda ley, es lo que *necesita definirse práctica é instantáneamente* para que aparezca la vida en la conciencia humana.

De no haberlo entendido así, dependen los errores de la antigua metafísica.

Se ha tratado á los fenómenos y á las leyes metafísicas, como si fueran fenómenos ó leyes positivas, inmóviles, eternas, á la manera con que aparecen en un momento reflexivo.

De aquí el llamar substancia ó *ser por excelencia*, á lo indefinido como fenómeno y á lo indefinible en absoluto.

Lo no definido ni definible en absoluto, á que alude la metafísica substancial, no sólo puede, sino que necesita definirse; pero ha de ser por transacción (término medio) entre lo definido y lo indefinido, constituyendo, no una substancia pura, sino la

práctica: función siempre hecha en parte y siempre por otra parte en vías de formación.

Así aparece la vida; así se concibe que la metafísica del porvenir haya de ser *Biología*.

Metafísica histórica.—El pensamiento metafísico se ha realizado en la historia filosófica en cuanto era posible su realización.

Toda la historia de la filosofía, hasta nuestros tiempos, versa sobre las evoluciones de la metafísica.

1.º Metafísica física: *fenomenal* en la escuela jónica; legislativa en la itálica.

2.º Metafísica ideal: *fenomenal* en Aristóteles, legislativa en Platón.

3.º Metafísica físico-ideal, y funcional positiva (sincrotismo).

4.º Metafísica físico-ideal, y funcional negativa (escepticismo).

5.º Metafísica viviente: relación y coordinación de las cuatro fases anteriores.

Según muchos, y entre ellos Comte, sólo hay dos períodos filosóficos, después del religioso ó simbólico.

1.º, metafísico; 2.º, crítico, que los sectarios de Comte, ora hacen positivo, ora negativo.

En uno y otro caso, reniegan estos filósofos de la metafísica antigua, tanto la del fenómeno (materialismo) como la de la ley.

Los que reniegan de la metafísica del fenómeno son partidos similares á los de Gorgias y Protágoras en la antigüedad. Los que reniegan de la metafísica de la ley son puros racionalistas, intransigentes con la intervención de lo indefinido en el orden de la vida, y sobre todo de la vida humana.

El residuo que quedó á Comte después de renegadas la antigüedad

metafísica y las metafísicas materialista y espiritualista, es cero de metafísica, nada, más allá de lo físico; empirismo sistemático, que se atiene á lo que se ve y se toca, sin preguntar el *cómo* y mucho menos el *por qué*.

Metáfora, del griego *metá*, y *phoròs*, el que lleva.—Locución que lleva el pensamiento más allá del estricto significado de las palabras. Consciente ó inconscientemente, las palabras han de llevar al pensamiento más allá de su sonido físico. Han de tener sonido intelectual, en la intención del que las pronuncia y en la receptividad de quien las oye.

La filosofía en su infancia abusó como el niño de la palabra, sin distinguir bastante el símbolo externo de lo interior simbolizado.

La metáfora es de uso corriente en poesía, pero en prosa se la ha de usar discretamente, sin olvidar su valor teórico y práctico, ya que no se la pueda extirpar. Procedé usarla siempre como *relación*, que implica distinción entre las dos figuras, interna y externa, de la función de figurar, que se reproduce en todos los ámbitos del pensamiento.

Metal, voz procedente del griego.—Cuerpo que representa en el reino inorgánico el fenómeno positivo, simple é invariable. No es que absolutamente le pertenezcan tales caracteres, pero los tiene relativamente á los demás cuerpos, y en el momento en que le nombramos metal.

La diversidad cualitativa tiene un límite viviente: el individuo; y un límite químico: el cuerpo simple.

¿Cuántos cuerpos simples hay? ¿cuántos puede haber? Una y otra cosa se ignoran. Puede haber un número indefinido de cuerpos simples,

como puede haber un número indefinido de individuos vivientes.

Separan, sin embargo, á ambos indefinidos diferencias importantes:

1.ª Los cuerpos simples son, y parece que serán siempre, en número escaso relativamente al de individuos vivientes.

2.ª Los cuerpos que hoy se llaman simples, pueden otro día aparecer compuestos; los individuos, no (dentro de su categoría *subjetiva*).

En cuanto á la escasez de cuerpos simples se explica por la naturaleza de lo inorgánico, que es la de objetivar la generalidad de la función viviente, y no la particularidad que caracteriza fundamentalmente á esta función.

Los cuerpos simples son antagonismos definidos que se mediatizan por compuestos, indefinidamente definibles.

Lo cuerpos vivos son, por el contrario, términos medios indefinidamente definibles, que mediatizan lo definido con lo indefinido.

En el ámbito de la química, hasta lo indefinido, es definido como cuerpo simple; las combinaciones son las definibles siempre entre cuerpos simples. En el ámbito de la biología, uno de los extremos es lo verdaderamente indefinido, y el individuo viviente es ya un término medio entre lo indefinido y *todo* lo definido.

En cuanto á la divisibilidad del metal y no del individuo viviente, procede del mismo elemento indefinido, que entra resueltamente en el organismo de este último. Lo indefinido no se puede dividir. Mas el metal, aunque representante de lo indefinido, mientras lo acredite la experiencia, es el mismo, un cuerpo tan definido ó definible en calidad, como lo es

en cantidad la más pequeña molécula sensible.

Metamorfosis, del griego *meta*, más allá, y *morphè*, forma.—Cambio de forma.

Los cambios de forma física y química apenas llaman la atención, por la costumbre misma que tenemos de observarlos.

Con todo, el cambio mismo es tan inexplicable como los demás elementos ó leyes del pensamiento, que la reflexión declara autonómicos, y cuya autonomía sanciona la práctica en el momento en que se hace sentir el ejercicio, ó sea la vida del pensamiento.

A primera vista en los cambios de forma externa (metamorfosis) realizados en cuerpos inorgánicos no hay misterio; puesto que los estamos viendo á cada paso. Se conciben como efectos de unos por otros cuerpos.

Pero hay misterio, y grande, para contestar al que pida el *último* cuerpo que hace cambiar á los demás.

El mayor de estos secretos es el que se refiere á cambios en el pensamiento.

El cambio de forma externa implica todavía menor misterio; porque le estamos viendo y le sentimos exteriormente. El cambio de forma interna es relativamente más misterioso, porque se hace silenciosamente en el fondo cualitativo de todo lo cuantitativo.

El movimiento y los cambios específicos externos se realizan en el espacio.

El cambio interno es subjetivo y sólo se siente en el tiempo, contrastando con la inmovilidad correlativa en el espacio.

Metempsicosis, del griego

meta, más allá, y *psyché*, alma.—Transmigración de las almas.

La metempsicosis *real*, imaginada por algunos filósofos, parece una suposición risible. No lo sería tanto una metempsicosis *ideal*.

Las ideas de unos hombres resucitan á su modo dentro de la inteligencia de otro. Quien comprenda bien á un filósofo ó á un poeta, puede decir que esos personajes *viven* dentro de su pensamiento. ¿No es verdad que el pensamiento vive? ¿No es verdad que dentro de él viven las ideas de que consta, como viven las células dentro de un organismo vegetal? Luego vive de algún modo el personaje cuyas ideas no se hayan borrado en la memoria de la posteridad.

Las ideas, aun suponiéndolas muertas en uno y revivificadas en otro, puede decirse que *resucitan* así.

No es esta inmortalidad, sin embargo, la que ama y profesa la fe religiosa. No se ampara ésta en probabilidades ni en explicaciones; antes al contrario, con ella se asfixiaria. Se aferra, y hace bien, al sentimiento que la *manda creer* lo que siente como bueno; por más que la moleste el entendimiento con su eterno dudar.

La teoría de las transmigraciones anímicas tiene fundamento científico en que apoyarse.

Todas las almas son hermanas; porque todas son hijas de Dios encarnado en el mundo como generalidad viviente; todas participan del espíritu paterno, y cuando dejan de manifestarse en particular, vuelven á la generalidad, desde la cual descienden de nuevo los individuos que van naciendo.

Misterios son estos que, humanamente interpretados, han podido ori-

ginar muchas doctrinas; pero *misterios* al fin.

Bajo el prisma de la probabilidad aparecen, sin duda, con escasisimo y vaporoso cuerpo. Apoyado en la ley divina, sube y sube este cuerpo escasisimo, sin llegar al cielo apetecido, pero comprendiendo que no *debe cansarse* de subir.

Meteoro, del griego *metéoros*, levantado en el aire.—Acontecimiento del orden terrestre.

La tierra que habitamos tiene sus cambios generales, y (aunque no libremente determinados) sus movimientos y oscilaciones parciales, sus terminaciones de cambios cualitativos y sus generaciones fenomenales (tempestades).

Estamos, sin embargo, persuadidos de que todo esto lo hace sin espontaneidad; de que no es un ser viviente.

Confirma nuestra persuasión, no invalidada por experiencia alguna, su completa subordinación al orden estelar y planetario, orden constituido é inalterable dentro de sí mismo. Si viéramos al meteoro contraponer sus leyes propias á las de la gravitación universal, ya sería otra cosa. *Para nosotros* es la *parte definida*, que nos sostiene en el *orden definido* de la función universal.

No dependen, pues, los meteoros de la voluntad de la tierra, ni de ninguna otra voluntad determinada; dependen de las innumerables relaciones posibles entre los diversos elementos terrestres y entre la tierra misma y los demás astros.

Semejantes relaciones se extienden, no ya sólo á la representación de leyes inflexibles, sino en cierto modo, á la de las costumbres y de los accidentes del reino organizado.

Todo el mundo considera imposi-

ble prever exactamente un meteoro lejano; pero esta imposibilidad no está en el meteoro en cuanto físico (en el orden físico, todo es posible), sino en lo universal é ilimitado del campo de la observación.

En lo universal é ilimitado para el conocimiento humano, tienen los meteoros su *raíz accidental*.

Lo que los meteoros tienen de costumbre, se estudia en la meteorología, no atribuyendo á tal función una espontaneidad de que carece, sino siempre una causalidad exterior, aunque negada á nuestras investigaciones, limitadas siempre á un círculo demasiado circunscrito en el espacio y en el tiempo.

Metodismo, de método.—En el uso práctico, quien funciona en el método filosófico es el pensamiento; todo se refiere á él.

Nada hará de más si se considera abstractamente, (aunque con la reserva precisa de las condiciones de que se abstrae al limitarse á sí propio) en su objetividad y su subjetividad, en su vida en fin, ó en la conciencia de la conciencia, como dijo Aristóteles.

A Aristóteles faltó sólo consignar la conciencia de la conciencia, como abstracción *consciente* de las relaciones que elimina.

Adoptando este método se adopta el tipo psicológico; se estudia el pensamiento en sus relaciones propias dentro de sí mismo, que son todas las que interesan su vida particular, y en sus relaciones con los polos necesarios de la vida misma; límites que él siente por fuera y por dentro: por fuera, mediante los sentidos externos; por dentro, mediante el sentido íntimo.

Considerándolo todo, y considerándose á sí mismo el pensamiento en

relación, nada avanza temerariamente; su método es riguroso; tan libre por sí y para sí, como respetuoso de la libertad ajena, donde quiera que la reconozca por los signos característicos del tipo viviente, que se propone por modelo, previas las restricciones indeclinables á que siente sometido su propio funcionar.

La misma libertad que tiene el pensamiento para abstraerse en general, tiene para abstraer una parte de sí mismo ó de la exterioridad, y hasta uno de los polos de la vida; para formar sobre estas tesis los conceptos que le sean sugeridos, con la condición indeclinable de reintegrar todo lo abstraído, con las partes que le falten; cuando quiera llegar á conclusiones, siempre condicionales, pero conclusiones, al fin, de un trabajo lo más completo posible, de síntesis y de análisis.

El análisis del pensamiento le llevará á la crítica fecunda, en lugar de la sofística y la escéptica infecunda.

Tesis opuestas en absoluto y síntesis correlativas, se limitan á relacionar lo positivamente realizado y realizable con lo irrealizable humanamente. Admítase á su frente la antisíntesis, cuarto elemento teórico, equivalente á nada; pero que llevado á la práctica, engendrará la vida dentro de las entrañas del pensamiento mismo.

Método, del griego *metá*, más allá, y *hodós*, camino.—En filosofía es el procedimiento del filósofo en la formación de sus conceptos.

Los métodos lógicos se han reducido comúnmente á la síntesis y á la análisis.

Los filósofos han sintetizado la Naturaleza, el pensamiento y ambas funciones á la par.

Además, en las formas del procedi-

miento, se han tomado caminos muy diversos.

Para convenir en materia filosófica, hay ante todo que convenir en el método.

¿Qué es preferible: el método analítico ó el sintético?

Y ¿qué se debe analizar ó sintetizar: la Naturaleza, el pensamiento ó ambos extremos?

No se puede preferir absolutamente ningún método lógico. La análisis evoca la síntesis y recíprocamente.

Cuando se analiza no se puede prescindir de la síntesis analizada. Cuando se sintetiza no se puede prescindir de la análisis correlativa.

Esto no es decir que, después de adelantar algo por primera vez mediante el análisis, se *retroceda* por la síntesis al punto de partida. Incurriríamos así en un círculo vicioso.

Hay que contar siempre con lo que se va adelantando, y adelantar más, sin olvidar por eso el punto de partida.

Cada síntesis supone un análisis ulterior y recíprocamente.

La síntesis y el análisis, siempre hechos bajo el aspecto que corresponde á la reflexión, se están haciendo correlativamente en la práctica presidiada por la teoría.

De esta suerte vive el método y no se estanca jamás en la síntesis ni en la análisis.

Pero la síntesis y la análisis vivientes no son más que *los medios* de hacer la ciencia. Faltan extremos que mediatizar.

Los extremos con lo definido totalmente y lo totalmente indefinido, ya sea como cuerpo, ya como espíritu ó pensamiento, ya como función de ambas cosas; todo, en fin, lo que se re-

presenta confusamente en un momento de la vida.

No hay análisis más completa de que se pueda partir; no hay síntesis más lógica que pueda realizar un pensamiento viviente.

La vida misma entre dos extremos, es ya una síntesis y un análisis primitivas, sobre las cuales puede girar la función del método en lo sucesivo.

El hombre lo abarca todo cuando se considera suspendido en el Universo entre el cielo y la tierra; entre el pensamiento y las cosas pensadas; entre lo que es y lo que no es; entre lo pasado y lo porvenir; término medio siempre: extremos en todas partes que sintetizar y analizar relacionándolos entre sí.

Tarea larga, difícil, y fructuosa sólo á costa de muchas fatigas, como todo lo que consigue el hombre con el sudor de su rostro.

Tarea á menudo estéril, porque cuanto más define el hombre, más le absorbe y le devora lo indefinido para él; porque no responde á un polo positivo sin tener que responder también á un polo negativo.

Pero tarea al fin única posible, y que si no conduce siempre al bien absoluto, conduce siempre á algún bien relativo; con el cual nos es forzoso contentarnos, transigiendo con la discordancia entre lo real y lo ideal.

Por de pronto, he aquí un tipo teórico de método, un tanto nebuloso, que para el uso práctico conviene profesar, siquiera sea condicional y transitoriamente.

El ejercicio de este método ha de confirmar cada vez las grandes verdades de la experiencia psíquica, á saber:

El método filosófico ha de ser psicológico.

El método psicológico se ejercita consignando lo más fielmente posible lo que se ha llamado categorías del pensamiento.

Las categorías del pensamiento han de entenderse en círculo matasincrítico, para servir de teoría instantánea en todo momento determinado de la práctica.

Así es como se siente vivir el pensamiento.

Método comprensivo (Método en general).—El método de filosofar puede ser:

- 1.º Psicológico ó cosmológico.
- 2.º Subjetivo ú objetivo.
- 3.º Deductivo ó inductivo.
- 4.º Analítico ó sintético.
- 5.º Abstracto ó concreto.
- 6.º Teórico ó práctico.
- 7.º Metafísico ó físico.
- 8.º De imposición ó de observación.
- 9.º De experiencia interna ó de experiencia externa.
- 10.º Autónomo ó heteronómico.

Todas estas formas, y otras que se podrían consignar en análogo sentido, son otros tantos polos metódicos, que corresponden el uno á la *ley*, y el otro al *fenómeno*. Es preciso que *funcionen* ambos polos limitándose mutuamente, de manera que resulte una doble relación, positiva y negativa, que produciéndose y reproduciéndose en serie indefinida, constituirá la *vida del pensamiento*.

Así resultará *definido* á un tiempo y en cada *instante determinado*, sin perjuicio de reproducirse indefinidamente, un método *comprensivo* de todos los métodos posibles, á saber:

- Subjetivo y objetivo.
Autónomo y heteronómico.